



GESEMANI

“La doctrina en parábolas. Un lenguaje que llegue a la gente”



“El Amor no es amado”

Abril de 2021



Feliz Pascua de resurrección

Pronto llegó este año la Semana Santa, el tiempo más importante para nosotros los cristianos. Y como cada año un pequeño grupo de jóvenes de nuestro Movimiento vivieron su Pascua Misionera, este año en los Cerralbos, donde compartieron las celebraciones litúrgicas junto a otros jóvenes del pueblo, que los acogieron con mucho entusiasmo y con ansias de recibir testimonio. El Sábado Santo los adultos, familias y jóvenes nos congregamos en Novés preparando y anticipando la gran celebración de la Pascua. Y así lo vivimos con esa explosión de gozo, no solo en lo que estaba apunto de acontecer sino también en ese deseado encuentro de convivir unos con otros después de tanto tiempo.

Las nuevas tecnologías están cumpliendo perfectamente su función en un tiempo de confinamiento, y han servido para unir corazones. Pero sin duda no pueden sustituir el trato y la convivencia de unos con otros, y así lo experimentamos en cada retiro mensual. En Getsemaní, como movimiento y asociación de fieles, el alimento viene no solo de ese encuentro personal con el Señor, sino también del encuentro y cercanía junto al hermano en comunidad, pues es en ese trato donde el Señor se derrama en un solo Corazón.

Le pedimos al Señor por nuestra fraternidad, por todos y cada uno de los miembros que los componemos, por los que están pasándolo mal en este tiempo de pandemia, por los enfermos y los que nos han dejado y gozan ya de la gloria del Cielo.

Por todos y cada uno, Sagrado Corazón de Jesús en ti confío.

Vuestros hermanos del Consejo os deseamos una feliz Pascua. Muy Unidos.

Juanjo Tebar

"OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ..." (Jer. 3, 15)

Queridos hermanos de Getsemaní,

Este mes de abril, en pleno tiempo pascual y primaveral, nuestro retiro es especial por la presencia de nuestro arzobispo D. Francisco Cerro Chaves. El título es "Doctrina en parábolas. Un lenguaje que llegue a la gente". Vamos a profundizar de la mano de nuestro pastor diocesano, tan cercano desde los inicios a "Getsemani", en ese modo de enseñar tan utilizado por el Señor.

Antes de reflexionar sobre el capítulo 13 de san Mateo, os quiero presentar todas las parábolas de su evangelio, para que veáis que todo él está sembrado de este estilo de predicar tan propio del Señor:

La sal de la tierra (6,13), la luz del mundo (6,14-16), la paja en el ojo (7,1-6), la puerta estrecha (7,13-14), los frutos buenos y los malos (7,16-20), los dos cimientos (7,24-27), los días en que no estará el esposo (9,15), el vino nuevo (9,16-17), la mies y los obreros (9,36-38), la casa y el espíritu inmundo (12, 43-45), parábola del sembrador (13,1-9), el trigo y la cizaña (13,24-30), la semilla de mostaza (13,31-32), la levadura (13,33), el sembrador (13,1-8), el trigo y la cizaña (13,24-30), la semilla de mostaza (13,31-32), la levadura (13,33), el tesoro escondido (13,44), la perla de gran precio (13,45-46), la red (13,47-50), teoría nuevos y viejos (13,51-52), lo que contamina al hombre (15,1-9), planta desarraigada (15,13), levadura de los fariseos y saduceos (16,5-12), la oveja perdida (18,10-14), los dos deudores (18,23-35), los obreros de la viña (20,1-14), los dos hijos (21,28-32), los labradores homicidas (21,33-41), la fiesta de las bodas (22,1-14), el cadáver y las águilas (24,28), de la higuera (24,32), del ladrón (24,43), el siervo prudente y el malvado (24,45-51), parábola de las diez vírgenes (25,1-13), de los talentos (25,14-30).

En particular nos fijamos en este retiro en el capítulo 13 de san Mateo, correspondiente al tercero de los cinco discursos o sermones en los que san Mateo sintetiza la enseñanza de Jesús. Se trata del llamado Sermón de las parábolas o discurso del Lago. La situación vital responde a la precedente "crisis de fe". Jesús ya no enseña en la sinagoga, de la que se ha retirado o ha sido excluido, como lo será luego cualquiera que se muestre seguidor de Él. Su Mensaje se presenta no solamente vestido, sino "velado" por la imagen de las parábolas.

Dice Benedicto XVI en su obra "Jesús de Nazaret" que las parábolas tienen una triple dimensión:

a) Dimensión cristológica: "Las parábolas son indudablemente el corazón de la predicación de Jesús...Sentimos inmediatamente la cercanía de Jesús, como vivía y enseñaba" (p. 223). "En la cruz se descifran (...) Las parábolas hablan de manera escondida del misterio de la cruz; no sólo hablan de él, ellas mismas forman parte de él (...) En las parábolas, Jesús no es sólo el sembrador que siembra la semilla de la palabra

de Dios, sino que es semilla que cae en la tierra para morir y así poder dar fruto" (p. 231).

b) Dimensión teológica: "Las parábolas nos muestra a Dios, no a un Dios abstracto, sino el Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano...Dios está en camino hacia ti" (p. 233). "Las parábolas son expresión del carácter oculto de Dios en este mundo y del hecho de que el conocimiento de Dios requiere la implicación del hombre en su totalidad; es un conocimiento que forma un todo con la vida misma, un conocimiento que no puede darse sin conversión" (p. 234).

c) Dimensión antropológica: en ellas Jesús "nos muestra quiénes somos y qué debemos hacer en consecuencia; nos transmite un conocimiento que nos compromete, que no sólo nos trae nuevos conocimientos, sino que cambia nuestras vidas. Es un conocimiento que nos trae un regalo, Dios está en camino hacia ti. Pero es un conocimiento que plantea una exigencia, cree y déjate guiar por la fe. Así, la posibilidad del rechazo es muy real, pues la parábola no contiene una fuerza coercitiva" (p. 233).

La piedra fundamental de este Sermón la constituye la parábola del sembrador (vv.3b-9). Debió ser ampliamente utilizada por la catequesis primitiva, que vio en ella una síntesis en miniatura de la psicología sobrenatural y ascética de la fe. Con su explicación (vv.18-23), juntó san Mateo dos trilogías de parábolas, la de la cizaña y las dos análogas del grano de mostaza y la levadura, junto con otra exclusiva de Mateo, gemelas las dos primeras (el tesoro escondido, la perla preciosa) y paralela la última, en cuanto al sentido, con la primera de la trilogía anterior (la red llena de bueno y de malo; el campo sembrado de trigo y cizaña). Constituyen, pues, estas parábolas un esquema septenario (el número de la plenitud), encabezadas por la fundamental del sembrador.

Estas parábolas del Sermón del Lago transpiran autenticidad popular, fragancia de aire libre, cálida sintonía con la vida cotidiana de los humildes. La predicación de ellas, hoy y siempre, debiera ser un volver al impacto primero de la predicación del Señor en los corazones de los que le buscamos con hambre y sed. Nos enseñan que en las realidades cotidianas podemos ver, transfigurado, el Reino de los Cielos.

Podemos acabar preguntándonos lo que ya le preguntaron sus discípulos a Jesús: "¿Por qué les hablas en parábolas?"(Mt 13, 10). La respuesta la recibimos de nuevo de Benedicto XI en el Ángelus del domingo, 10 de julio de 2011:

"Jesús responde poniendo una distinción entre ellos y la multitud: a los discípulos, es decir, a los que ya se han decidido por él, les puede hablar del reino de Dios abiertamente; en cambio, a los demás debe anunciarlo en parábolas, para estimular precisamente la decisión, la conversión del corazón; de hecho, las parábolas, por su naturaleza, requieren un esfuerzo de interpretación, interpelan la inteligencia pero también la libertad".

El lenguaje velado del Señor es una provocación a una conversión cada vez más profunda hacia su Evangelio, con la posibilidad, también querida por el Señor, de respetar una libertad que puede ser que no acabe de decidirse a darlo todo por Él.

Santo y gozoso tiempo de pascua para todos vosotros, queridos hermanos en su Corazón. Recibid mi afecto y bendición.

Vuestro consiliario, José Anaya Serrano

FORMACIÓN

SANTA MISA PARA LOS AGRICULTORES, HOMILÍA DE SAN JUAN PABLO II

Villarrica, Paraguay Martes 17 de mayo de 1988

"El reino de Dios es como un hombre que echa simiente en la tierra" (Mc 4, 26).

.....

2. Vosotros y vuestras familias sabéis lo que significa sembrar la semilla en la tierra. Intuís quizá mejor que nadie, gracias a la propia experiencia, lo que Cristo quiere decir con la parábola del sembrador. Sabéis también que, "de noche y de día, la semilla germina y va creciendo"(Mc 4, 27) , mientras el hombre que la ha sembrado duerme o vela. La semilla crece y él mismo no sabe cómo. Es la tierra la que "va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano" (Ibíd. 4, 28).

Cristo habla de la tierra que produce el fruto por si sola; pero al mismo tiempo se refiere al trabajo desarrollado por el hombre. En efecto, el campesino después de haber realizado su trabajo como sembrador de la semilla, queda a la espera de poder continuarlo recogiendo la cosecha. "Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega" (Ibíd. 4, 29).

3. Las palabras de Jesús indican la semejanza entre vuestro trabajo en los campos y el misterio del reino de Dios. Por eso se os invita a que, mientras estáis trabajando, os esforcéis en encontrar este reino al cual todos somos llamados por Dios en Jesucristo. Pues dice el Profeta: "Buscad al Señor mientras está cerca"(Is 55, 6). El trabajo en los

campos y el contacto con la naturaleza crean unas condiciones favorables para que el hombre pueda acercarse mejor a su Creador.

El hombre, desde el principio, fue llamado por Dios para "someter la tierra y dominarla" (Gen 1, 28). Por eso el trabajo del campo es el primero que se le encomienda, como leemos en el Génesis: "Tomó Yavhé al hombre y le dejó en el jardín del Edén para que lo labrase y cuidase" (Ibíd. 2, 15). Era un trabajo sencillo y placentero, ya que el Creador había confiado al cuidado de hombre "toda hierba de semilla que existe sobre la faz de la tierra y todo árbol que lleva fruto de semilla" (Ibíd. 1, 29), y en el jardín del Edén, el mismo Dios había hecho "brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida" (Ibíd. 2, 9).

En este relato "aparece ya inscrita esta verdad fundamental: el hombre, creado a imagen de Dios, participa en la obra del Creador mediante su trabajo: es colaborador de su Creador" (Laborem exercens, 25). Y esta verdad, que se refiere a cualquier trabajo humano, por insignificante que parezca, se aplica de una manera especial en los trabajos del campo.

4. ¡Cómo no recordar aquí tantas expresiones salidas de los labios de Cristo! ¡La frecuencia con que compara el reino de los cielos a fenómenos hechos o labores que podemos contemplar casi a diario en la naturaleza! ¡El conocimiento de las faenas agrícolas que revelan sus ejemplos!

Jesús habla del labrador, de la siembra y la siega (cf. Mc 4, 26-29), de los lirios del campos y de los pájaros (cf. Ibíd. 6, 25-34), de la cizaña y el trigo (cf. Mt 13, 24-30), del vino y del aceite (cf. Lc 16, 1-12). Se compara a Sí mismo con la vid verdadera y a su Padre con el viñador (Jn 15, 1). Y, sin embargo, ¡qué lejos quedan para algunos todas sus enseñanzas! Se diría que, a medida que progresan en el sometimiento y dominio de la tierra, se van olvidando cada vez más de Dios, Creador de ella y de cuanto contiene.

"El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras la gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue" (Mt 13, 24-25).

En este campo sembrado, que se refiere a la vida, don de Dios para cada uno de nosotros, aparece con frecuencia la cizaña, esparcida aquí y allá por el enemigo. En efecto, vosotros sabéis bien cuáles son las consecuencias del pecado original. Habéis experimentado la profunda verdad que encierran aquellas palabras del Génesis: "Con fatiga sacarás... el alimento, todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (Gen 3, 17-19) ¡Cuánto trabajo para que la simiente echada en tierra fructifique abundantemente! Limpiar la maleza, desmontar, encauzar las aguas, luchar contra las plagas, todas esas

tareas exigen vuestra dedicación antes de la cosecha. ¡Cuánta fatiga! ¡Cuántas preocupaciones y incertidumbres ante el presente y ante el futuro!

Porque, si bien es cierto que esta fertilísima tierra que Dios os ha dado premia abundantemente vuestros esfuerzos, cuántas veces los que trabajan no pueden gozar de sus frutos. La falta de paz y tranquilidad ante la incertidumbre por el futuro familiar o el carecer de un adecuado sistema de previsión social; la intransigencia en cuanto a salarios y contrataciones injustas se refiere y hasta los escollos que hay que superar para acceder a la propiedad, son algunas de las modernas espinas y abrojos que aumentan las ya difíciles condiciones de vuestro trabajo. A todo esto se añaden, después, nuevos problemas: la comercialización de vuestros productos, los precios regulados desde las ciudades, las cuestiones de política comercial a nivel nacional y internacional; en resumen: los intereses de tantos que, no teniendo en cuenta las exigencias del bien común ni las necesidades cada día más insoslayables de los campesinos, ponen ante sí como única meta la ganancia a toda costa.

Muchos centran todo su afán en acumular el mayor número de bienes y consideran el derecho a la propiedad como algo absoluto, olvidando que está "subordinado al derecho de uso común, al destino universal de los bienes" (Laborem exercens, 14). A este respecto olvidan aquella advertencia del Apóstol Santiago: "El salario que no habéis pagado a los obreros que laboraron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos" (St 5, 4); pues se comportan como si nunca tuvieran que dar cuenta a Dios de su administración (cf. Lc 16, 2).

5. La solución de tan numerosos problemas del campo requiere la colaboración solidaria de todos los sectores de la sociedad. Hoy día el trabajo agrícola moderno está vinculado también a las ciudades, donde pueden entorpecer o, al contrario, perfeccionarse los mecanismos económicos y jurídicos sin los cuales la producción del campo, por abundante que sea, seguirá beneficiando principalmente a unos pocos.

Por un sentimiento de solidaridad y más aún por un deber de justicia, las autoridades públicas y todos aquellos cuya actividad empresarial o profesional se relaciona directa o indirectamente con el campo, deben sentirse obligadas a buscar una solución a los conflictos que la sociedad campesina de vuestra tierra presenta en la actualidad. El desarrollo progresivo de la industria, el comercio y los servicios no deben gravar indebidamente sobre el mundo agrícola. A su vez, los incrementos de productividad conseguidos en la agricultura, la ganadería y los bosques deben revertir en retribuciones justas y en la mejora de la calidad de vida de todos los trabajadores y de sus familias.

Los pequeños productores independientes debieran contar sin contrastes de ninguna índole con la posibilidad de acceder libremente a sistemas de comercialización y

transformación que no les perjudiquen. Por último, es de desear que se arbitren las medidas oportunas para que cada vez sean más los que tengan acceso a la propiedad de la tierra que trabajan: esto será sin duda alguna una garantía de desarrollo y estabilidad social.

Los valores propios de vuestro carácter paraguayo -amistad generosa, prontitud para compartir, solidaridad con los necesitados, amor a la familia y sentido trascendente de la existencia- están hondamente enraizados en la vida y en el trabajo agrícola. Esto debe llevar a todos los habitantes de este país a sentir personalmente los problemas y necesidades de los hombres del campo.

Gracias a los campesinos se hará grande y fuerte esta patria vuestra que es el Paraguay.

6. "Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros" (Is 55, 9).

Dios sigue confiando en el hombre; por eso el pecado y sus consecuencias no anulan el mandato del Creador: "Someted la tierra y dominadla" (Gen 1, 28). Cristo anuncia y realiza mediante toda su vida un auténtico "Evangelio del trabajo". El trabajo físico, además de ser un modo directo aunque no el único, de participar en la obra creadora de Dios-Padre, está llamado a ser una forma de colaboración con Dios-Hijo en la redención de la humanidad. Pues vuestra fatiga, queridos campesinos, vuestros sudores, vuestras inquietudes, no son algo inútil. Son la cruz de cada día para vosotros: Cristo quiere que le ayudéis a llevar la cruz, que seáis para El como otro cirineo, "que venía del campo" (Mc 15, 21) y cargó sobre sus hombros la cruz que llevaba Cristo.

Pero no penséis que ayudar a Cristo a llevar la cruz a través del trabajo significa simplemente aceptar con resignación las dificultades con que os encontráis. Sabéis por experiencia que el cultivo de la tierra es un continuo desafío, pues hay que considerar y sortear un conjunto de elementos naturales a la vez que superar tantos obstáculos. Igualmente no es del todo equivocado pensar que la solución al menos parcial de muchos problemas que os aquejan, depende también de vosotros. Debéis vivir la solidaridad entre vosotros, porque la solidaridad es una virtud cristiana que dimana de la caridad, signo distintivo de los discípulos de Cristo (cf. Jn 13, 35) y, por tanto, signo de unión con su cruz (Sollicitudo rei socialis, 40).

Al mismo tiempo los horizontes de una efectiva solidaridad entre vosotros son inmensos, como son ilimitadas las exigencias del amor. Pues la colaboración consciente y sumisa con Dios a través de vuestro trabajo implica no sólo poner todo el empeño en cultivar vuestras chacras y parcelas, sino también aportar toda vuestra imaginación, inteligencia y esfuerzo para una fecunda labor en común. Dios quiere ayudaros, pero espera vuestra decidida correspondencia a su iniciativa. Si no la dierais, no estaríais viviendo plenamente como hijos suyos y, sin daros cuenta, estaríais cediendo a la pereza y al

conformismo. Muchas veces el anhelo de soluciones absolutas realizadas por otros puede ocultar la huida del esfuerzo diario e inteligente.

Pido a Dios y a la Virgen María que os otorgue fe, esperanza y caridad para que trabajéis con acuerdo, en estrecha solidaridad, como cristianos, unos con otros, y para que pongáis sobre los hombros, como la cruz de Cristo, todos vuestros quebrantos y todos vuestros grandes deseos.

7. "Buscad a Dios mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca" (Is 55, 6)

Buscad a Dios en vuestro trabajo, en las circunstancias de la vida diaria. Buscadlo desde que os levantéis -muchas veces antes de que aparezcan los primeros rayos de sol- hasta que, quizá rendidos por el trabajo, os concedáis el merecido descanso. Buscad a Dios en el trabajo bien hecho, para poder ofrecerle algo que sea digno de El: lo mejor de vuestras energías.

En la celebración de la Misa el sacerdote ofrece el pan, "fruto de la tierra y del trabajo del hombre", y el vino, "fruto de la vid y del trabajo del hombre". Junto a ese pan y ese vino podéis ofrecer todo vuestro día y vuestras vidas: el trabajo y el descanso, el sueño y la vigilia, las tristezas y las alegrías. Todo esto, unido al sacrificio de Cristo en la cruz, adquiere su valor más profundo, un valor corredentor.

"Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos" (Is 55, 8), dice Dios por boca del Profeta Isaías. Cuando se pierde la visión cristiana del trabajo, los planes del hombre ya no son conformes a los planes de Dios; los caminos del hombre no son los caminos de Dios.

Pero, sigue diciendo el Profeta: "Que el malvado abandone su camino y el criminal sus planes, que regrese al Señor, y El tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en misericordia" (Ibíd. 55, 7).

El Señor os está esperando siempre. Dios, "rico en misericordia" está siempre dispuesto a ayudarnos. Pero, para que esta "piedad divina" sea de veras fuente de paz para los espíritus, hay que regresar "al Señor": el hombre ha de abandonar "su camino" y entrar por "los caminos" de Dios. El alma de toda persona, al igual que la "tierra buena" (Mt 13, 8) necesita continuos cuidados para dar fruto. Hay que sembrar en ella la simiente de la Palabra de Dios; hay que regarla frecuentemente con los sacramentos que infunden la gracia -especialmente con la penitencia y la Eucaristía-; hay que quitar la maleza de las pasiones desviadas. Habéis de cultivar vuestra alma -y las almas de vuestros hijos- incluso con más cariño que el que ponéis en cultivar la tierra: es vuestra alabanza más importante y la que os dará más fruto. No podéis estar nunca "caigüe" -flojos ni perezosos- para las cosas de Dios.

8. "El reino de Dios es como... un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas" (Mc 4, 26. 31-32).

Todo cristiano está llamado a contribuir con su vida y con su trabajo al crecimiento del reino de Dios sobre la tierra. En el Evangelio de hoy también se compara el reino con el grano de mostaza. En esta parábola podemos ver también una semejanza con el crecimiento de la Iglesia, la cual, desde sus modestos comienzos, se fue extendiendo por tantos pueblos, naciones y países. En vuestra patria este proceso, iniciado hace ya casi cinco siglos, tuvo características tan singulares como la misma fecundidad de vuestros campos y bosques.

El Señor quiso que los pueblos guaraníes fueses la "tierra buena" para la "semilla" de la Palabra divina. Desde el comienzo mismo de la fundación de Nuestra Señora de la Asunción, en 1537, los misioneros pudieron realizar una extensa y intensa labor gracias a la buena disposición de los nativos para aprender las cosas divinas y humanas. El Paraguay llegó a ser un foco importante de evangelización y civilización, que ganó merecidamente para vuestra ciudad el título de "Madre de ciudades". Antes de que transcurriera un siglo desde aquella fundación, los asunceños criollos y guaraníes habían llevado la fe y el desarrollo desde los lejanos ríos amazónicos hasta los Andes en el sur. En esos primeros siglos, sacerdotes, religiosos y catequistas mostraron al mundo el poder del Evangelio cuando su semilla cae en "tierra buena". Vuestra fe creció y se hizo robusta como vuestros tayis y ibirápytás, y dio ya frutos de santidad como San Roque González de Santa Cruz, manteniéndose firme a pesar de las adversidades que tuvo que sufrir vuestro pueblo.

9. Ahora os corresponde a vosotros continuar esa labor hasta conseguir que aquella pequeña semilla (cf. Mc 4, 31), produzca "ramas tan grandes que las aves del cielo puedan anidar en su sombra" (Ibíd 4, 32). Esto es misión de toda la Iglesia, dentro de la cual la tarea de los laicos ocupa un puesto destacado. Sois vosotros, queridos seglares, quienes habéis de llenar de sentido cristiano toda actividad temporal: el campo y la ciudad, la industria y el comercio, la política, la cultura y toda la vida social. Esa es vuestra misión: "impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico" (Apostolicam actuositatem, 5). Al laico que siente vivamente en su interior la necesidad del apostolado se le pueden aplicar las palabras del Profeta: "A él lo hice testigo para los pueblos" (Is 55, 4). Vosotros laicos, debéis ejercer esta hermosa tarea, en primer lugar, con la coherencia de vuestra vida -testimonio de la presencia de Cristo entre los hombres-, de modo que viendo "vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 55, 10-11).

10. La Palabra de Dios en la liturgia de hoy se refiere de modo particular a cuantos trabajáis en el campo. Así leemos en el libro del Profeta Isaías:

"Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra... así será mi Palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía" (Is 55, 10-11).

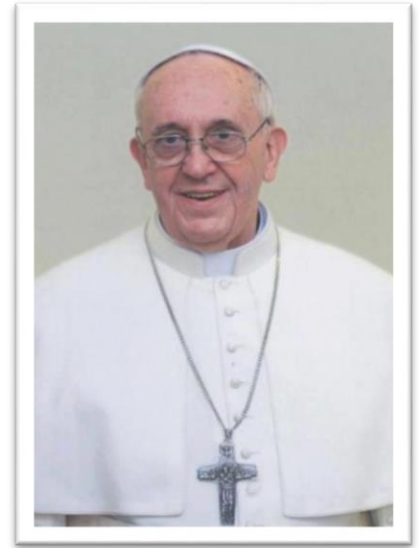
Isaías habla de la fertilidad de la tierra, que depende incluso de las lluvias. La gente que trabaja en el campo sabe cuán importante es lo que nos ha dicho el Profeta. Además de la fertilidad de la tierra, la liturgia de hoy nos hace pensar en la fertilidad de las almas. Cuando desciende sobre ellas la Palabra de Dios, igual que cae la lluvia sobre la tierra, es de esperar que esta Palabra produzca los frutos adecuados.

¡Queridos hermanos y hermanas! ¡Todos vosotros, que hoy escucháis al Sucesor del Apóstol Pedro y, particularmente vosotros, que trabajáis en los campos! Ruego fervientemente a Cristo, Buen Pastor, para que esta palabra que he podido pronunciar ante vosotros no quede "infructuosa", sino que produzca mucho fruto en vuestra vida y en toda la sociedad paraguaya.

"Buscad al Señor..., invocadlo mientras está cerca... Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes" (Ibíd. 55, 6-9). Amén.



Intenciones del Papa



Mes de Abril 2021

General:

Recemos por aquellos que arriesgan sus vidas luchando por los derechos fundamentales en dictaduras, en regímenes autoritarios e incluso en democracias en crisis.

CEE:

Por los niños, para que tengan siempre un hogar donde puedan vivir adecuadamente, se respete su dignidad y crezcan humana y espiritualmente conforme al plan de Dios.



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<https://movimientoapostolicogetsemani.com/>
contacto@movimientoapostolicogetsemani.com

